

LA HERENCIA DE NASSER

El corresponsal de PRIMERA PLANA en Madrid, Armando Puente, voló hacia El Cairo para cubrir la información de la muerte de Gamal Abdel Nasser. Esta es su primera nota.

Entraba la comitiva en el puente de El Tahrir, sobre el Nilo, bordeando la cornisa ribereña hasta la sede de la Unión Socialista Árabe cuando explotó literalmente la caravana. Arrasado por la marea —ni siquiera pudieron contenerla los 50 mil guardias compungidos—, el féretro de Nasser avanzó delante de tres millones de hombres y mujeres hecha jirones la bandera que lo cubría. Primero salvó la plaza Ramses, los sectores de Al Bassia y El Maamir; atrás, pisoteados, barridos, quedaron 17 jefes de Estado, nueve Primeros Ministros, dos Vicepresidentes y docenas de Ministros. Los soldados marchaban entre la multitud, en fila de uno, levantando sus fusiles, mientras el gentío arrollaba a los seis caballos negros que arrastraban la cureña. Como en un extraño fenómeno de levitación, el *Rais* flotaba sobre su pueblo, se despedía.

En la mañana del jueves pasado, un helicóptero con nueve acompañantes despegó del Palacio Kubbah rumbo a

la isla Gezira, en el Nilo, donde en 1952 se inició la sublevación contra Faruk. Al descubrir el ataúd, la muchedumbre exclamó: "Nasser no ha muerto; ¿por qué nos dicen que ha muerto?" Cada grito perforaba el cielo, exigía una bendición. Ya nada era posible; sólo cabía llorar.

Durante el velatorio —por tradición no se pudo ver el cuerpo—, los delegados extranjeros firmaban libros alusivos. Imponentes hileras de *fellahins* (campesinos) se turnaban en el Palacio, convertido en capilla ardiente desde el lunes 28. Por las noches, se apiñaban frente a los altos muros alrededor de los retratos del muerto; voces desgarradoras herían el murmullo del rezo, sollozos de escolares contagiaban la tristeza de un pueblo.

Todo estaba cerrado. En el aeropuerto, la cara desencajada de los empleados insinuaba el estupor, los efectos de la tragedia. Por las radios sólo se escuchaba música sacra y versículos del Corán. En los diarios, copiosas biografías del líder rodeaban las últimas fotografías obtenidas en la conferencia que sellara la paz entre jordanos y palestinos.

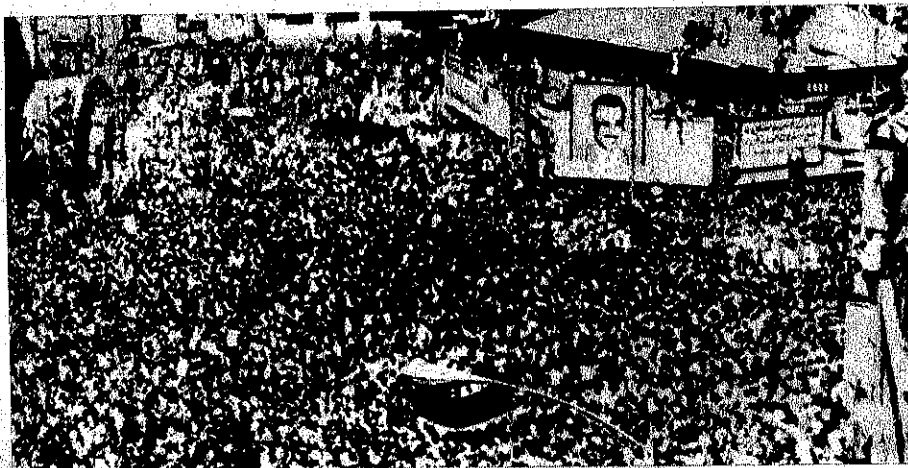
"¿Cómo estás?, le pregunté por te-

léfono media hora después que terminara la reunión árabe. Con voz cansada, me respondió: 'Creo que necesito un largo sueño'. Luego cortamos." Era el relato de Ali Sabry, uno de sus compañeros —su posible sucesor— en un corrillo diplomático. "Una hora y media después, bueno, ustedes ya saben...", gimió. Una trombosis coronaria había derribado a Nasser, segnando esa vida que los médicos de cabecera, tantas veces, limitaron en el tiempo.

Llegado para las exequias, el Rey Hussein declamó: "Sus últimos esfuerzos fueron para cicatrizar las heridas de nuestra crisis; su pérdida nunca podrá ser cicatrizada". Allí delante, las facciones vencidas y los ojos con sueño, Yasser Arafat asentía con la cabeza. Esa muerte iniciaba un nuevo capítulo —quizá pacífico, se quisiera soñar— en el castigado Medio Oriente.

Estaban los obreros de Assiut, los estudiantes de Azar, los trabajadores de Heoluan, los portuarios de Alejandría; desde el lunes erraban por las calles de El Cairo, sin saber adónde iban. En trenes gratuitos o camiones —costumbre que se clausuró el miércoles por miedo a las avalanchas— llegaron en grupos de 30, 50 o cien. Repartidos por sindicatos o colegios, con sus mejores ropas, las mujeres con el rostro embetunado, portaban brazaletes negros y pancartas. Casi todas decían lo mismo: "No puedes morir, eres el amado de Alá". Sobre los hombros de los cortejos, los aurigas dirigían los contingentes y los gritos; en las columnas femeninas, las más dramáticas, algunas lloraban como si hubieran perdido a su esposo, su hijo, su padre; caían de rodillas y se revolcaban en el polvo; exclamaban *Yuyu* y se arrancaban los cabellos.

Más discreta, voluntariamente a oscuras, desde una ventana de la Unión So-



Nasser: Flotaba sobre su gente, se despedía.



"No es mi Presidente, es mi marido."
(Taheyia, la viuda.)

Arabe, Taheya, 48, contemplativismo del pueblo. "Quiero que pulten a su lado; no es mi Pre. sino mi marido", pidió el martes, un desmayo pasajero, el día del ro, la había vencido; junto a sus grave como una estatua doliente, ida simbolizaba, en lo alto del io, el dolor de todo Egipto. El desfile fúnebre tornaba más paté-la imagen de su figura inmóvil. religión musulmana le impidió pañar a su esposo a la mezquita akry, un edificio rectangular pró-al Palacio, que ahora tomará el re del desaparecido. Taheya no ver cuando, envuelto en un sudario o, de cara a la Meca, Nasser fue nado, en la tarde del jueves. Los es de la Fuerza Aérea hacían pi-s en el aire, mientras 101 caño-s tributaban el adiós final. rminado el entierro, el país recu-

hacerse sin ellos, difícilmente contra ellos. Casi todos sufrieron accidentes cardíacos con la muerte: los árabes son emocionales violentos. Un conducto invisible oprime al mismo tiempo sus aurículas, sus lacrimales y su cerebro; la multitud llorosa que el jueves se apretujaba tumultuosamente en las avenidas de El Cairo, no recuperará el ánimo en mucho tiempo.

El Vicepresidente Anwar El Sadat, alto, de esbelta figura, cincuentón, con un pasado beato, es también un arabista ilustrado y orador de grácil estilo. Hace un cuarto de siglo, confabulaba con Nasser para dinamitar edificios; lo acompañó más de una vez, en aquellas ejecuciones nocturnas que seguían erizando la piel del Rais, mucho tiempo después. Ahora, El Sadat podría capitanear una dirección colectiva del Estado, peldaño intermedio para consolidar otro Gobierno personal.

cimientos soviéticos de pertrechos. Este año, Nasser volvió a escogerlo como acompañante en sus negociaciones con la URSS, donde Sabry cuenta con firme respaldo.

La presencia de Zakaryas Mohieddin en las esferas áulicas respondió a las necesidades de la diplomacia nasserista: cada vez que el Rais se proponía detener el avance izquierdista dentro de su gobierno, Mohieddin aparecía en escena. Como Ministro del Interior, dio la batalla a los comunistas y los puso fuera de la ley. En 1965 reaparecía, al cabo de un prolongado relegamiento, para sofocar un extravagante complot "pro chino". Después de la Guerra de los Seis Días, Mohieddin asumió fugazmente la primera magistratura, en medio de clamores que denunciaban su inclinación hacia Washington. La victoriosa vuelta de Nasser lo arrojó a posiciones inferiores; en 1968, la reor-



Sadat: Sucesor provisional; Mohieddin, Sabry y Fawzi: La lucha por el trono.

ó la memoria, detenida durante cuadias. Muchos problemas había que olver; el principal, la herencia. La a desenfundó su rostro implacable.

¿ARA QUIEN EL PODER?

Nasser jugaba en los últimos tiempos con la idea de un colegiado; pero el Medio Oriente rige el axioma céptico de que "todo cuerpo coledido con más de un miembro, fracasa". En todo caso, resultará problemático construir una autoridad personalista; Revolución árabe volverá a nutrirse sus propias vacilaciones, ese yacimiento permanente de inseguridad que, or contraste, representa una de sus tas más fértiles.

El comité ejecutivo de los Oficiales libres que en 1952 derrocaron la monarquía es, desde luego, el padrón más corrido para encontrar al hombre. on la excepción de algunos purgados or causas políticas, y dos o tres defuniones espontáneas, han retenido resortes elementales de Gobierno: poco podría

Se menciona, sin embargo, a Ali Sabry, 50, como el más firme candidato a la sucesión. Aunque no perteneció a la logia fundamental, había acompañado a Nasser en las conspiraciones de los años cuarenta. Este agitador no es marxista; pero su virulento antinorteamericano lo convierte, de hecho, en un hombre bien dispuesto para entenderse con los soviéticos. Eso hizo durante sus frecuentes visitas a Moscú. Con el derrumbe de Nikita Khrushchev, la estrella de Sabry también se oscureció; contra él estaba dirigida la campaña anticomunista que acaudilló Zakaryas Mohieddin, su peor enemigo en el Gobierno. Pero la guerra contra Israel, y el viraje prosoviético que ella determinó, le devolvieron un papel protagónico.

En 1969 quedó atrapado en un *affaire* de contrabando, justamente a su regreso de un viaje a Moscú: entonces se lo apartó de la presidencia del partido oficial, la Unión Árabe Socialista. Era un pretexto para sancionarlo por su excesiva premura ante los ofre-

ganización del Gabinete lo dejaba al margen del Gobierno.

También comienza a citarse un nombre poco brillante: el coronel Hussein El Chafei, el más joven de "los 9", cuya única virtud reconocida es su escaso desgaste personal en la contradicción soviético-americana; simplemente, no estaba en condiciones de comprometerse con ninguno de los dos: hoy, podría tratarse de una virtud retrospectiva.

Los israelíes, empero, temen que el heredero de Nasser sea el general Mohammed Fawzi, interlocutor privilegiado de los rusos y nasserista a libro cerrado: fue el encargado de brindar la bienvenida a los jefes soviéticos (Kossyguin y Podgorny en el aeropuerto de El Cairo, y estrechó con ellos una relación activa. Dirigió las fuerzas expedicionarias egipcias en el Yemen, y tuvo a su cargo la reorganización del Ejército después del descalabro con Israel.

En la lista de posibles herederos se



Un dolor imposible de explicar.

inscribe el periodista Hasanein Heykal, director del diario *Al Ahram* y Ministro de Orientación Nacional: confidente de Nasser, se había permitido secundarlo en algunas conversiones de su régimen, como la desnacionalización de las empresas medianas y pequeñas, una tarea combinada con el Banco Central de Egipto, que explicó desde su periódico este año.

El artículo 110 de la Constitución contempla el caso de sustitución del Presidente por muerte, enfermedad o incapacidad; conía entonces el rango al Vicepresidente primero. El mismo precepto otorga a la Asamblea Nacional un plazo de sesenta días para elegir nuevo Presidente por mayoría de dos tercios.

Nasser acompañó su tiempo histórico con una precisión cronométrica. Hasta su muerte, sin agonía, fulminado por un rayo, como un árbol entero y vital, podría esconder la clave del Medio Oriente. Sólo retenía su magistral aptitud de mediador; pero el Levanté estalla por todas sus costuras, y la sangrienta revolución social superpuesta a la guerra contra Israel exige un aliento que ya no podía ofrecerle. Su ciclo estaba virtualmente cumplido; hasta es probable que el Corán, en alguno de sus libros, predijera la desaparición de este Profeta moderno.

La muerte lo sorprendió cuando acababa de sentar a la mesa de la paz —una frágil mesa, es cierto— a los contendientes palestinos y jordanos. En estos momentos, Nasser parecía estar devolviendo a los Estados Unidos y la Unión Soviética el gesto que ambas tuvieron con él durante la guerra de 1957; para salvarlo, entonces, los dos colosos se asociaron: era la primera vez y el mundo se asombró. ⊕

ZAGHLUL, EL TERRORISTA

Vivió peligrosamente. Tal vez por esa causa sus enemigos lo habían declarado fascista. Pero Gamal Abdel Nasser no había leído a Federico Nietzsche cuando escribió, a los 17 años: "Hay en Egipto hombres que tienen dignidad y no quieren dejarse morir como animales".

Cuando nació (15 de enero de 1918, en Beni Mor, Alejandría, hijo de un empleado de Correos), pesaba sobre su país la agobiadora presencia imperial británica: las funciones burocráticas eran escasas, los extranjeros acaparaban las actividades más lucrativas. Pero las imposiciones de los tiempos de guerra engendraron también la próxima etapa histórica: las restricciones a la importación reforzaron las industrias, la aristocracia aburguesada se enriqueció.

Simultáneamente se agravó el régimen de la dominación extranjera, el algodón se vendió a precios desfavorables y el Egyptian Labour Corps, reclutado con violencia por el Ejército inglés, excavó bajo las balas, sin armas ni protección, las trincheras de la guerra extranjera: las semillas del nuevo nacionalismo egipcio se incubaron allí, en el lodo y la humillación de la impotencia colonial.

En 1935, el Wafd —un partido populista al que se impedía gobernar— desata un violento levantamiento nacionalista; es una respuesta enardecida a la represión británica contra los motines estudiantiles: reclamaban la independencia, cuando las motocicletas enfilaron sobre ellos; dejaron un escolar muerto, y algunas docenas de heridos. Nasser era entonces presidente del Comité de Estudiantes Secundarios. Ellos deciden hacer frente a la Policía británica en la plaza Al Tahrir; cuando los ingleses levantan el puente de Rodah, para aislar a los manifestantes, Nasser llega en bote a la Escuela Politécnica, y la subleva con una arenga. Ahora la Policía dispara sobre los estudiantes sin contemplaciones; dos mueren, centenares son heridos. Uno de ellos, con la cabeza ensangrentada como una oriflama, se presenta en la redacción del diario *Al Guihad*, para denunciar la masacre: es Nasser.

En 1936 Londres finiquita un tratado de amistad con El Cairo; aunque reconoce la soberanía de Egipto, en la práctica reduce el territorio nacional a la categoría de base militar. Es una afrenta: los oficiales egipcios,

que se habían conectado con los colegas de Irak y Siria, preparan el desquite, una "revuelta del desierto" que sepulte para siempre a los ingleses. El Cairo es un hervidero de facciones nacionalistas; una de ellas, Masr-el-Fatat, copa las calles con sus Camisas Verdes, un remedo de los fascistas, y hasta envía delegados al magno Congreso nazi de Nuremberg. Nasser aprendió a desfilar con la camisa verde; casi en seguida, la dejaría por el uniforme del Ejército. Los nacionalistas se hacen militares; con el correr del tiempo, los militares se volverán nacionalistas.

Los primeros años de la Segunda Guerra los vive el teniente Nasser en las guarniciones del desierto, en Sudán. Los estudiantes, entre tanto, desafían a los británicos en las calles de El Cairo y Alejandría; su grito, "Adelante, Rommel", los define contra el Imperio ocupante. Servirá de pretexto para que el Embajador inglés acuda a Palacio e intente al Rey Faruk. "Es usted prisionero de Su Majestad —sugiere el diplomático—: o elige un Gabinete de nuestro agrado o abdica; los tanques rodean el edificio."

En 1944, un Primer Ministro nacionalista cae asesinado; su heredero intenta persuadir al Embajador inglés. Ha llegado la hora de ceder. Pero Londres permanece impermeable. Anwar El Sadat, un asiebrado agitador —el Vicepresidente de la RAU en 1970—, explica al capitán Nasser su plan para dinamitar la Embajada británica; los Hermanos Musulmanes están de acuerdo, podrían colaborar. Pero Nasser se niega: la ideología tradicionalista de los Hermanos, el terrorismo, le repugna. "Había devorado literalmente la obra de los grandes pensadores —recordará más adelante—; los libros de Lasky, Nehru y Aneurin Bevan habían concretado, poco a poco, mis ideas socialistas."

El tratado anglo-egipcio de 1936 es denunciado ante la UN en 1947; se pide la evacuación de las tropas británicas, que por fin aceptan retirarse de Alejandría y El Cairo, aunque se refugian torvamente en Suez. La logia de los Oficiales Libres —apenas un cónclave de amigos, la definía Nasser— prepara la resistencia contra la partición de Palestina: el Estado de Israel asoma en el horizonte.

En 1948 Nasser marcha al frente es oficial de Estado Mayor, y ahora en el VI Batallón acantonado en Gazi

conocerá "a los soldados que combatían a cuerpo desnudo contra los puestos fortificados, agazapándose como ratas para conseguir un pedazo de pan". En las trincheras, en los puestos avanzados de Palestina, se reunían las incipientes células de los Oficiales Libres. Lo hirieron dos veces; una bala lo alcanzó cerca del corazón.

Al terminar la guerra, regresa con la decisión política de derrocar a Faruk. Los Oficiales Libres corporizan; hasta designan una dirección: son nueve, que posteriormente constituirán el Consejo de la Revolución. Pero uno quedará en el camino por su excesivo apego a los Hermanos Musulmanes y otros dos porque se vuelven comunistas recalcitrantes.

Entonces, también, nació Zaghlul: es el nombre de guerra de un oficial que se vale del papel impreso para difundir la ideología revolucionaria. Exige un nuevo Ejército, combatiente, que sustituya a la fuerza decorativa, al eunuco uniformado que la monarquía y Gran Bretaña procuraban mantener. Zaghlul desenmascara la compra de armas defectuosas, un escándalo que compromete a los paniaguados del monarca, y hasta al mismo Rey, en la adquisición de proyectiles vencidos; cosecha del desierto, los había abandonado el Afrika Korps en su dolorosa retirada.

En octubre de 1951 la marea política arrasa al país: el Congreso na-

cional de todos los partidos solicita la ruptura de relaciones con Gran Bretaña, el boicot a las mercaderías inglesas, el retiro de los fondos colocados en Bancos extranjeros, la evacuación de Suez y la huelga indefinida de 40.000 egipcios que trabajan para compañías británicas. Zaghlul explica a sus camaradas que ha llegado el momento de golpear; el nombre de guerra deja paso al verdadero: Zaghlul es Nasser. Trescientos mil hombres desfilan por las calles sedientas de Alejandría, un millón recorre silenciosamente los bulevares de El Cairo.

La monarquía se derrumba: hasta la Policía, en enero de 1952, le vuelve la espalda; el 26, 400 incendios brotan en la capital. "Nosotros —proclama el bando de Nasser, distribuido por los Oficiales Libres— no aceptamos el papel de perseguidores del pueblo y no tiraremos ni una sola bala sobre las manifestaciones populares. No detendremos ni a uno solo de estos nacionalistas fieles." El proceso se prolonga aún cinco meses, pero en la madrugada del 23 de julio, con 80 soldados movilizadas por error, Nasser rodea la plaza Koubeh y rinde al Estado Mayor. El 26, veintidós cañonazos comunican la partida del Rey.

El putsch se proponía crear una sociedad moderna, nacional, independiente e industrializada. Entre 1952 y 1956, buscó ese objetivo mediante la abolición de la monarquía y el establecimiento de la República, con la disolución de todos los partidos y las organizaciones anteriores (hasta los Hermanos, liquidados en 1954). Básicamente, empleó la reforma agraria para debilitar a la clase terrateniente; al mismo tiempo, aumentaba el número de los pequeños propietarios y desviaba hacia la industria la inversión de capitales. Pero el nuevo régimen fracasó en su tentativa de convencer a los capitalistas nacionales; la burguesía egipcia restó su apoyo a la tarea de transformación.

En 1954 el Gobierno obtiene el consentimiento británico para la evacuación total de la base del Canal de Suez; pronto se yergue contra el Pacto de Bagdad y pone manos a la obra de la gran represa de Assuan, llave de irrigación del Nilo y espoleta de la expansión agraria. Los golpes se suceden: John Foster Dulles sentencia el proyecto, negándose a contribuir en su financiación, y Nasser nacionaliza la Compañía del Canal.

Israel ataca las bases egipcias del Sinaí; Gran Bretaña y Francia des-

cargan un ultimátum que Nasser rechaza; las tropas anglo-francesas bombardean Egipto. Rusos y norteamericanos, en la UN, se asocian, por primera vez para salvar a Nasser.

La secuela de la guerra fue la nacionalización de 55 compañías, el meollo de la economía egipcia; de este modo, la agresión de Suez inauguró el sector público e incentivó la planificación económica.

El periodo 1956-1961 gira sobre una coalición de hecho entre el aparato militar y sectores industriales de la burguesía, especialmente en el campo económico; en el político, los militares no ceden ningún privilegio, las armas son el reaseguro y Nasser no separa el dedo del gatillo.

Las leyes de nacionalización de 1961 estrenan el tercer periodo nasserista, caracterizado por la compulsiva nacionalización de la economía: los Bancos, las compañías de seguros, la industria pesada, caen bajo la piqueta. Las unidades económicas medianas deben aceptar la participación estatal del 51 por ciento; 228 compañías industriales, transportistas y mineras son transferidas al Estado en 1963.

El viejo Egipto ha perdido ya su fisonomía. Nasser proclama el Congreso Nacional de Fuerzas Populares, integrado por capitalistas nacionales, campesinos, obreros, profesionales, funcionarios, estudiantes, mujeres y militares. Una nueva organización, la Unión Árabe Socialista, funde a las fuerzas populares en su crisol.

La diplomacia soviética —y después de 1967 la asistencia militar masiva de la URSS— acaso dilataron la evolución socialista de Egipto, si bien lo volcaron en la órbita comunista. Paradójicamente, la ayuda económica y militar de los rusos permitió a Nasser controlar la relación interior de fuerzas. La enemistad de Israel galvanizó al Estado: el ofrecimiento de dimisión, rechazado por multitudes delirantes, fortaleció hace tres años su poder personalista. Pero la economía de guerra no conseguía disimular las dificultades de la estructura política del país.

La Revolución nasserista —la primera triunfante en Medio Oriente, con la excepción del movimiento kemalista— fue exportada bajo la bandera del arabismo revolucionario; en realidad, se sustentó de la irradiación personal de un líder que, como los arquetipos de Nietzsche, murió joven y en el poder, como si Mahoma le hubiera permitido elegir el momento.



Nasser en la Academia Militar.